

ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

Conociendo al mapuche prehistórico. Discursos científicos desde la cultura material en el cambio de siglo XIX-XX: El caso chileno

Getting to know the prehistoric Mapuche. Scientific discourses from material culture at the turn of the 19th-20th centuries. The Chilean case

MARTÍN LARA ORTEGA

JAIME ZAÑARTU REYES

MANUEL CORTES CORTES

Universidad Bernardo O'Higgins, Chile

RESUMEN El pueblo Mapuche a fines del siglo XIX se convirtió en un verdadero objeto de estudio para las ciencias sociales en Chile. Diferentes disciplinas como la Antropología y Arqueología quisieron reconocer en ellos no sólo los orígenes de la nacionalidad, sino también los orígenes de la humanidad. Nuestra premisa se constituye en que la imagen del mapuche prehistórico se construyó no sólo mediante la recolección de vestigios materiales gracias al advenimiento de la Arqueología, sino fundamentalmente al cruce de dicha disciplina con la persistente lectura de las crónicas indianas que prefiguraron una imagen en torno al pueblo mapuche. Situándonos teóricamente desde la Historia Cultural de la Ciencia, nuestro objetivo es analizar y problematizar las tipologías discursivas que se generaron en la alta



Este trabajo está sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional Creative Commons (CC BY 4.0).

cultura chilena sobre los Mapuche, a partir de las distintas expediciones promovidas por el gobierno chileno y que dieron como base la colección mapuche depositada en el Museo de Historia Natural de Santiago de Chile.

PALABRAS CLAVE Arqueología; nación; Mapuche; prehistoria.

ABSTRACT By the end of the 19th century, the Mapuche people had become a subject of rigorous study within the social sciences in Chile. For instance, the disciplines of Anthropology and Archaeology have sought to identify not only the roots of nationality but also the origins of humanity itself. Our premise is informed by the understanding that the image of the prehistoric Mapuche was not solely shaped by the accumulation of material artifacts through the advent of Archaeology. Instead, it was primarily influenced by the interplay of this discipline with the enduring interpretation of the Indian chronicles, which had already established a narrative around the Mapuche people. In this study, we employ the theoretical framework of the Cultural History of Science to analyze and critique the discursive typologies that emerged in Chilean high culture about the Mapuche. These typologies were the result of various expeditions sponsored by the Chilean government and focused on the Mapuche collection housed in the Museum of Natural History of Santiago de Chile.

KEY WORDS Archaeology; Mapuche; nation; prehistory.

Presentación

El problema mapuche es de larga data en la historia de Chile. Nuestra premisa se constituye en que la imagen del mapuche prehistórico se construyó no sólo mediante la recolección de vestigios materiales gracias al advenimiento de la Arqueología, sino fundamentalmente al cruce de dicha disciplina con la persistente lectura de las *Crónicas Indianas* que prefiguraron una imagen en torno al pueblo mapuche. Situándonos teóricamente desde la Historia Cultural de la Ciencia (Hall, 2017; Wilson, 2018), nuestro objetivo es analizar y problematizar las tipologías discursivas que se generaron en la alta cultura chilena sobre los mapuche, a partir de las distintas expediciones promovidas por el gobierno chileno y que dieron como base la colección mapuche depositada en el Museo de Historia Natural y en el Museo Histórico Nacional de Santiago de Chile.

La aparición del pueblo mapuche, en tanto objeto de estudio, aparece tempranamente en las primeras *Crónicas Indianas* del siglo XVI. Los españoles, ya asentados en el actual territorio chileno durante dicho siglo, son los primeros en dejar testimo-

nio de sus experiencias, ya sean bélicas o de convivencia. Al considerar las obras de Jerónimo de Vivar (*Crónica y Relación Copiosa y Verdadera del Reyno de Chile*, 1558), Alonso de Góngora Marmolejo (*Historia de Todas las Cosas que han Acaecido en el Reino de Chile y de los que lo han Gobernado*, 1536-1575) y Pedro Mariño de Lobera (*Crónica del Reyno de Chile*, 1598), claramente se puede comprender una naturaleza voluntariosa por describir cuidadosamente las formas de vida del pueblo mapuche, siempre en consideración y teniendo como objetivo fundamental el reconocer la labor española en el proceso de ocupación del territorio chileno.

A nuestro entender, los discursos sobre los mapuche, generados tempranamente en el siglo XVI y caracterizados conceptualmente por la belicosidad, vehemencia en su actuar y valentía (de Ercilla, 2017) perdurarán en los imaginarios sociales y culturales en Chile a lo largo de los años coloniales y bien entrados los años republicanos. Gran parte de este discurso se mantendrá gracias a que los cronistas e historiadores coloniales persistirán en replicar las mismas ideas desarrolladas por los beneméritos del siglo XVI, fenómeno que vendrá a reorganizarse hasta bien entrado el siglo XIX; y esto, no necesariamente por la labor exclusiva de los historiadores como Gay (1854), Lastarria (1843) y Vicuña Mackenna (1868), sino por aquellos que ven en los vestigios materiales una nueva forma de entender el pasado del pueblo mapuche, siendo los primeros antropólogos y arqueólogos de oficio los protagonistas de dicho cambio.

El siglo XIX, en particular, la segunda mitad de dicha centuria, viene a ser el arco temporal que permite ser una bisagra entre el mundo conocido y aquel por conocer sobre los mapuche. Sin duda, el advenimiento práctico de las nuevas ciencias sociales como las citadas Antropología y Arqueología; la consolidación del Positivismo como corriente de pensamiento; la necesidad del Estado chileno que demandó desde el *establishment e intelligentsia* la misión de consolidar una identidad a partir del pasado, ya sea mediante textos históricos o con la creación y ampliación de museos; sumado al contexto histórico de expansión territorial, ocupando progresivamente el territorio de la Araucanía, serán la escenografía que permite entender esta nueva mirada sobre los mapuche.

Bajo este contexto las crónicas coloniales, si bien siguen teniendo un espacio privilegiado como base de conocimiento sobre los mapuche, empiezan a perder el valor que tradicionalmente se les asignó. Por un lado, a causa que, enfrentadas al método histórico, se les considerará ambiguas, careciendo en algunos casos de veracidad y, por otro lado, el creciente anti hispanismo asentado en grupos dirigentes y miembros de la alta cultura liberal terminará por desestimar a pies juntillas lo que las crónicas e historias coloniales decían (Medina, 1882). A contracorriente, empieza a ganar terreno los objetos materiales que se convierten en una alternativa crecientemente atractiva, inapelable e inalterable de la historia: los objetos y piezas arqueológicas se convierten en materialidad vívida de un pasado pretérito, exótico y representativo de una supuesta realidad (Sanz, 2018).

Como ya señalamos, el contexto histórico de la ocupación de la Araucanía, que se extendió aproximadamente entre 1861 y 1883, fue escenario ideal para reconocer en terreno al pueblo mapuche. Sabemos, gracias a investigaciones como las de Föerster (1991), Bengoa (2003) y Martínez (2022) que las fuerzas militares chilenas no sólo se dedicaron a ocupar de forma progresiva y mediante líneas de frontera las nuevas tierras ocupadas, sino también algunos miembros de distintas agencias del Estado se dedicaron en sus tiempos libres a explorar, rescatar y reunir piezas de distinta índole de la cultura mapuche. Trabajos como los de Sagredo (2010) Sanhueza (2018) e Inostroza (2018) ya han dado prueba de cómo naturalistas y coleccionistas como Claude Gay, Rodolfo A. Philippi y Pedro del Río cumplieron un rol destacable en dicho proceso. Este trabajo viene a dar una mirada complementaria a lo anterior.

En una amplia revisión de fuentes hemos podido consignar tres ejes discursivos que reflejarán el interés sobre los mapuche en esta tríada Antropología-Arqueología-Historia, a saber: 1) el origen étnico-territorial del pueblo; 2) la persistente duda de la influencia inka en su proceso de desarrollo cultural; y 3) la incorporación al Estado nación chileno. Para el caso que nos convoca queremos detenernos en los dos primeros ejes discursivos, debido a que su principal canal de validación y debate se dará en torno al aporte de la materialidad de objetos y piezas de museo que tendrá como testimonio en las primeras muestras museográficas que sobre el tema se desarrollarán.

1. El origen étnico-territorial de los mapuche

El primer texto que da cuenta de un trabajo de recopilación y estudio de piezas mapuche durante los años republicanos es el *Atlas* de Gay (1854), quien, en el tomo primero, presenta dos láminas que dan muestra de la cultura material mapuche, comprendiendo hachas, pipas ceremoniales simples, pipa quitra y anzuelo de hueso. Sin embargo, este trabajo de recopilación y reproducción queda sólo en ello, debido que, si compulsamos el mencionado *Atlas* (Gay, 1854) con su *Historia Física y Política de Chile* (Gay, 1844), prácticamente los mapuche y los indígenas en general no aparecen en su relato, ni siquiera al inicio pues epistemológicamente comprende que la historia chilena está más relacionada con los avatares políticos de la península ibérica en el siglo XV que con los primeros habitantes del territorio. Por cierto, en el caso de Gay no hay el menor indicio de molestia en saber sobre el origen de los mapuche, al menos en estas y otras obras (Gay, 2018). Sabemos que las piezas reunidas por Gay irán a parar al gabinete del Museo de Historia Natural de Santiago.

En 1882 se publica *Los Aborígenes de Chile* por parte de José Toribio Medina, libro que es considerado el primer texto monográfico sobre los indígenas chilenos. Con esta obra se abre un ciclo en la literatura y exploraciones antropológicas en que se discute, en base a la evidencia material, de dónde provienen los mapuche. Dejando de lado la dimensión mayor de la pregunta —a propósito del origen del humano

americano y las teorías bíblicas de orden sagrado— las hipótesis de Medina en base a la evidencia arqueológica sostienen que el pueblo mapuche es una sociedad de una datación prehistórica de no mucha antigüedad antes la llegada de los españoles. Esto él lo planteó en base a la evidencia arqueológica que descubrió, señalando que:

Ya antes hemos indicado que todo concurre a creer que en la noche de los siglos moró en Chile una raza de hombres que dejó las huellas de su paso escritas en el granito de los Andes, i que se supone desaparecida a consecuencia de los grandes cataclismos que en una época jeológica reciente ha debido experimentar este continente; ya sabemos también que en los tiempos históricos, la raza quichua invadió el norte del país e introdujo en él, además de sus leyes i civilización, un elemento que ha modificado el tipo de nuestros aborígenes; i la craneología, demuestra ahora que los araucanos, por establecerse en los sitios en que fueron hallados por los españoles, han debido empujar hacia el sur una raza mas débil, menos numerosa i sin duda mucho peor dotada, que vino a encontrar refugio i residencia en las costas inhospitalarias de la Patagonia occidental i en las islas de esa rejion bañadas siempre por las lluvias i azotadas por los vendavales (Medina, 1882, p. 110).

Es decir, sin poder precisar más que una conjetura, Medina lo que hace es proceder desde el modelo difusionista a explicar en degradé cómo se produce un nivel decreciente de desarrollo material norte-sur, dejando a la cultura mapuche en un nivel de desarrollo material intermedio entre la zona de influencia inka y las sociedades patagónicas y fueguinas del extremo austral de América. Un ejemplo del nivel de desarrollo intermedio lo dan al explicar las características de unas hachas que terminarán sus días en el Museo Histórico Nacional:

Como varios arqueólogos lo han indicado, estos ejemplares más acabados eran en Chile de propiedad de los caciques. Se les llevaba colgados del cuello por medio de una cuerda i era una insignia de mando llamada *Thoqui*, de donde viene la palabra moderna «toqui». «En medio pusieron al soldado que trajeron liado para el sacrificio, i uno de los capitanejos cojió una lanza en la mano, en cual extremo estaban tres cuchillos a modo de tridente, bien liados; i otro tenía un toque que es una insignia de piedra a modo de un hacha astillera, que usan los *regues*, i está en poder siempre del mas principal cacique, a quien llaman toque, que es mas que cacique en su parcialidad, que, como queda dicho es lo que llaman *regue*» (Medina, 1882, p. 77).

Vemos de esta forma en la obra de Medina un trabajo en terreno de carácter exploratorio, mediante el cual logra reconocer objetos, dando cuenta de evidencia empírica de determinadas afirmaciones que, a su vez, da pie para reconocer en el pueblo mapuche características etnoculturales «singulares y poco extensibles hacia

otras culturas». Sin embargo, no deja de cotejar los restos materiales con las viejas *Crónicas Indianas*.

Dos años más tarde y siguiendo el mismo argumento, sale a la luz la *Historia General de Chile* de Diego Barros Arana, quien, en el tomo primero de su obra, reconoce en los humanos prehistóricos el origen de la historia continental y chilena (Barros Arana, 1875; 1884). La poca diferencia temporal entre la publicación de Medina (1882) y Barros Arana (1875; 1884) hace que este último tome la posta de la conjetura de Medina, al señalar que los «indígenas chilenos» —su forma de llamar a los mapuche— poseen un indicio de «homogeneidad a nivel fisionómico y lingüístico (Barros Arana, 1884), siendo un fenómeno sumamente raro en la etnografía americana». De hecho, presenta dos hipótesis, siendo la primera que:

«todo hace creer que esta familia ocupaba el territorio chileno desde una remota antigüedad. Pero hasta ahora no se han encontrado pruebas suficientes para saber si esa familia pertenecía a una raza antiguamente civilizada que cayó más tarde en la degradación, o si llegando en el estado de barbarie primitiva, formó aquí su idioma, y comenzó su desenvolvimiento hasta ascender al estado en que se encontraba cuando comienza la historia tradicional. Sin pretender negar que los futuros estudios arqueológicos en nuestro suelo puedan dar fuerza a la primera de esas hipótesis (...) induce a pensar en el estado actual de nuestros conocimientos, que esa raza no había recorrido más que las primeras escalas de la evolución» (Barros Arana, 1884, p. 49).

Hasta este momento lo que llama la atención de los tres historiadores que practican la Antropología y Arqueología (en muy menor medida Barros Arana) es que implícitamente lo que hacen en su argumento es levantar una duda sobre si el mapuche es chileno o extranjero, para luego mediante un armonioso ejercicio de narrativa conjugada con evidencia material llegar a postular la idea que el mapuche es un sujeto propio del territorio: que no proviene de ningún otro lugar y que, conforme pasó el tiempo, fue evolucionando hasta cómo ellos los reconocieron en el siglo XIX. Recordemos que las obras de Medina y Barros Arana se inscriben en el contexto de un proceso de ocupación de la Araucanía que se denominó inadecuadamente por parte del Congreso Nacional y del Palacio de La Moneda como «Pacificación de la Araucanía».

Si bien se dieron otras hipótesis, como la del arqueólogo austriaco Osvaldo Menghin que hacia la primera década del siglo XX planteó que los mapuche se habrían originado en la Amazonía y que habrían emigrado, pasando por el centro de Argentina y cruzando la cordillera de los Andes (Menghin, 1962), ésta no tuvo un buen recibimiento. Cosa similar pasó con el ingeniero, arqueólogo, etnólogo y folclorista Ricardo Latcham, quien postuló que migraciones originarias de la pampa argentina habrían entrado al actual territorio chileno a través de los pasos andinos (Latcham,

1936). Sin embargo, a nuestro entender, dicha afirmación se sostendría en la propia observación que hizo del tráfico de animales que los mapuche desde el siglo XVIII realizaban hacia el territorio actualmente argentino, siguiendo la ruta de los boquetes cordilleranos.

Este primer eje discursivo se afirmó en base a la evidencia arqueológica de las piezas puestas en exhibición y que fueron conjugadas sobre la «evidencia histórica» datada o informada por las crónicas coloniales. De la misma forma, se inscribe este discurso a partir de un deseo de nacionalización del pueblo mapuche, tanto por su legado guerrero que el Chile republicano heredó y demostró en sucesivos conflictos bélicos con países vecinos, como por el evidente resultado del mestizaje provocado en el grueso de la población chilena. En definitiva, se lo inscribe como chileno otro en la historiografía y en la Arqueología; mientras que se asume como «la lengua» aborígen chilena al mapudungún por sobre otras habladas en Chile (Cortés, 2024); a la vez que, paralelamente, se va instaurando el castellano entre el pueblo mapuche, en un proceso de fuerte «castellanización de la Araucanía» (Durán y Ramos, 1988; Ramos Pizarro, 1991).

2. Debate sobre la influencia inka

A nuestro entender, el eje discursivo sobre la influencia inka en Chile y su vínculo con los mapuche si bien tiene un cariz eminentemente científico, posee tras de sí un fuerte componente nacionalista, preformativamente identitario e implícitamente diseñado para reconocer en lo mínimo, lo sublime.

En nuestra pesquisa reconocemos en 1874 un momento crucial, pues durante dicho año se llevó a cabo la primera exhibición de piezas históricas realizada en Santiago. La finalidad de la actividad fue rescatar el pasado hispánico de Chile y demostrar su transformación desde una «colonia pobre» hasta una República que tenía una universidad, líneas férreas y salud pública. Esta muestra se denominó *Exposición del Coloniaje* y fue organizada por Benjamín Vicuña Mackenna en el viejo Palacio de los Gobernadores de Chile. En la *Revista Chilena* (1875), dirigida por Diego Barros Arana y los hermanos Gregorio Víctor y Miguel Luis Amunátegui, Vicuña Mackenna da un vívido testimonio de la importancia del evento:

fue un espectáculo curioso; i a fuerza de contener cosas viejas hasta el número de seiscientos objetos que a aparecer a las jentes como una cosa enteramente nueva. (...) Una curiosidad, aquella resurrección efímera del pasado sirvió como una enseñanza i una fundación.

Como enseñanza no careció de interés esa vasta i variada colección de memorias i de cosas, de vestigios i de reliquias, por cuanto no hai mejor manera de reconstruir la historia bajo bases más jenuinas i naturales (Vicuña Mackenna, 1875).

Puntualmente en lo referente a la sección mapuche, el redactor de la nota explica (Vicuña Mackenna, 1875):

Comenzando por el grupo aborijen, el primero en orden de época, parécenos tal vez el mas pobre, en razón de la apatía que nuestras jentes ponen en la conservación i en el aprecio de las cosas pertenecientes a la edad gentil. A penas algunos objetos de barro obtenidos en 1874 mediante excavaciones practicadas en la aldea de los Maitenes, departamento de Quillota. Una hacha de piedra i una imaginada masa del toqui Caupolicán, es todo lo que existe por ahora. Pero esta descarnada sección esta llamada a adquirir una riqueza considerable tan luego como los propósitos del museo indjena se hagan camino en los puntos mas remotos de la república, especialmente en los pueblos de la frontera que en el día desaterran a la par el pico i la bayoneta, como Angol, Cañete i Puren.

Lo que llama la atención de esta cita es la exigua cantidad de piezas en exhibición, situación que nos lleva a pensar que el universo etnográfico mapuche aun no se constituía por un inventario nutrido, al menos en referencia a otras culturas. Una explicación razonable sería que el territorio mapuche se encontraba recientemente en proceso de exploración, debido a que la circulación de piezas aún no se consolidaba como una actividad formalmente instituida; como también porque las piezas no poseían estéticamente la misma belleza, terminación y ostentación que los objetos del norte de Chile, fundamentalmente los de influencia inka, y de los cuales Irina Podgorny y Stefanie Gänger han dado notables resultados. Al respecto, Alegría et al. (2022), plantea el tema de la negación del pasado colonial, implicó de una forma, la negación del pasado indígena.

Justamente para los historiadores la mencionada diferencia material en cuanto a calidad y cantidad de objetos se transforma en un desafío y en una oportunidad: por el lado del desafío, saber hasta dónde llegaron los Inka en su proceso de ocupación del Coyasullu; y la oportunidad, en cuanto se dedicaron a investigar por qué no siguieron avanzando. En definitiva, los estudiosos del pasado mapuche, al reconocer que las crónicas coloniales no entregan claridad informativa, se vuelcan al estudio de la cerámica y alfarería para corroborar los ambiguos postulados de las fuentes coloniales. De esta forma, las piezas mapuches inscriben «la» diferencia a partir de las zonas de influencia inka. Para Gay (1844), sustentado en el tipo de cántaros, el radio de acción del mundo andino se situará hasta el río Maule, situación que permite entender que los promaucas *parecieron determinados a guardar intactas sus costumbres, y su independencia*. Más preciso es Medina quien sostiene:

Después de todo, las conclusiones a que debemos llegar es que en Chile, a la época de la conquista española, existían dos zonas que habían alcanzado diverso grado de adelanto: la parte norte del país, merced a la conquista i a la influencia de la civilización incásica, se hallaba en la edad del bronce, en tanto que el sur apenas si alcanzaban a la edad de la piedra pulimentada. Este último estado, no corresponde, como se sabe, a la ínfima escala social del progreso humano, habiendo sido por doquiera precedido de periodos mucho mas tenebrosos, que en todas partes no se completaron sino después de una serie mas o menos dilatada de siglos (Medina, 1882, p. 15).

Esta explicación la considera dos años más tarde del todo pertinente Barros Arana (1884), pues coincide con Medina (1882) al señalar que: *la acción civilizadora de la Conquista no fue igual en todo el territorio. Fue más intensa en la región en que ésta tuvo más larga duración, y en que por esto mismo pudo desarrollarse más profundamente. En el norte de Chile, desde el valle de Copiapó hasta un poco más al sur del sitio en que hoy se levanta Santiago, la dominación extranjera se cimentó de una manera más estable.*

Las preguntas que consideramos plausibles presentar son ¿por qué los mapuche no accedieron al contacto con los inkas? ¿Qué respuestas dieron los fundadores de la Arqueología y la Historia? Gänger (2009; 2011) dice que el tema se debate en Chile desde la Guerra del Pacífico, cosa que como ya vimos en el primer eje discursivo, retrocedemos el fenómeno hacia principios de la década de 1860. Los principales argumentos para diferenciar la influencia inka de lo formalmente «chileno» —llámese mapuche— será la producción cerámica, el lenguaje y el culto. Claramente los historiadores no son capaces de enfrentar este problema y el debate llega a los antropólogos, donde dos investigadores darán pruebas concretas del tema. Uno es Tomás Guevara y el otro es Oyarzún (1910). Para Guevara, la influencia inka entre los mapuche es innegable, debido a que:

adujo algunos hechos que confirmaban la influencia peruana en el desarrollo de la civilización del pueblo araucano, como eran la forma i los dibujos de la mayor parte de las vasijas de alfarería indijena que él había encontrado en el país, los tejidos de lana de hueque o llama, que aprendieron los araucanos de los indios chilenos del norte, a su vez influenciados por los peruanos; algunos adornos, como el tupo, los aros o pendientes, etc., i la producción agrícola, como la quínuva, el maíz, los pallares, etc., i las armas, que son en todo semejantes a los que usaba o producía el Perú.

Aureliano Oyarzún participó en *XVII Congreso Internacional de Americanistas realizado* entre el 15 y el 24 de mayo 1910 en Buenos Aires, presentando una ponencia titulada «Contribución al estudio de la civilización peruana sobre los aborígenes de Chile», en donde opina de la misma forma, pues desde un detenido estudio de la cerámica dice que: *no he encontrado nada de original en los productos de la cerámica chilena. Ni la forma de los vasos u objetos de greda ni sus dibujos, revelan una creación genuinamente nacional. En cada cosa que analizo descubro el sello peruano, a veces el calchaquí, que, como sabemos, también descende de aquél* (Oyarzún, 1910). Es decir, para Oyarzún la influencia inka sólo queda registrada hasta la cultura diaguita.

Para Barros Arana, la explicación se sustenta desde una mirada eminentemente histórica, gracias al trabajo del Inca Garsilaso y de Felipe Guamán Poma:

Por los años de 1520 falleció el inca Huaina Capac. Sus dos hijos, Huascar y Atahualpa, se disputaron el imperio en una encarnizada guerra civil. El primero de estos, que mandaba en el sur del Perú, dio las órdenes más premiosas para reconcentrar sus tropas cerca del Cuzco, a fin de rechazar las lecciones de su hermano que avanzaban de las provincias de Quito. Los guerreros de Chile, que eran en gran parte, sin duda, indios chilenos, acudieron a este llamamiento, i en los principios de la guerra alcanzaron sobre los soldados de Atahualpa una señalada victoria (...) Esta guerra fratricida había obligado a los conquistadores a retirar de Chile una parte de las tropas que lo guarnecían. El ejército que defendía la frontera del Biobío, hostilizado sin cesar por los indios de aquella rejión, experimentó los quebrantos consiguientes a una lucha tenaz en que no le era posible reparar sus pérdidas con nuevos refuerzos. Al fin se vió forzado a abandonar sus posiciones, i a replegarse al norte para defender en mejores condiciones la mayor parte del territorio conquistado. Aquella retirada casi importaba una derrota (Barros Arana, 1884, p. 65).

Conclusiones

A modo de cierre podemos señalar que conocimiento sobre el mapuche moderno, es decir, el que situamos en el siglo XIX y principios del XX, se debe al desarrollo de las Crónicas Indianas con una activa y creciente participación de las ciencias antropológicas y arqueológicas. Si bien métodos como el evolucionista estuvieron al servicio del estudio del lenguaje, en el caso de Barros Arana (1875; 1884), y el difusionismo, en el trabajo de Medina (1882) y Oyarzún (1910), no hubo una profesionalización de ambas disciplinas sino hasta bien entrado el siglo XX, con la institucionalización universitaria.

En segundo término, tanto la Antropología como la Arqueología tendrán en la praxis, es decir, el trabajo de campo, su principal mecanismo de validación y construcción de conocimiento. Sin embargo, se debe reconocer que para nuestro período de estudio y en base a la evidencia conviven de forma clara dos grupos de acción: las comunidades científicas y las personas naturales, dando un dinámico accionar de redes globales, tal como sucedió en el *Congreso de Americanistas*. Pero no sólo eso, pues la ausencia de piezas mapuche responde al contexto histórico del período, en donde se debe diferenciar —según José Toribio Medina— entre el territorio explorado y el territorio ocupado. Esto, en relación a la frontera araucana.

Los años transcurrieron después de la *Exposición del Coloniaje* y, sin duda, los magros resultados iniciales estaban dando sus frutos; al menos así lo hace saber José Toribio Medina en el preámbulo de sus *Aborígenes de Chile* (1882):

I, a pesar de esto, se habría dado ya un gran paso si pudiera decirse que las exploraciones en las diversas secciones de nuestro territorio estaban completas; mas, si esceptuamos las colecciones de objetos indijenas de Chile existentes en el Museo Nacional; la que obra en nuestro poder, las que con afanoso tesón i diligente rebusca han logrado acopiar los señores don Luis Montt, don Rafael Garrido, i otras casi insignificantes que existen en Chile en diversas manos, i en los museos de Washington, Berlín i Sevres, puede decirse que todo lo demás yace todavía sepultado en el fondo de las antiguas huacas, o en las entrañas de la tierra (Medina, 1882, pp. 12-13).

Las piezas reunidas por Medina, sumadas a las estudiadas por Oyarzún, tuvieron dos destinos finales, que son el grueso del material que está reunido actualmente en el Museo Nacional de Historia Natural y una parte menor en el Museo Histórico Nacional. Al respecto, Francisco Garrido (s.f), plantea que:

La Colección de Arqueología y Etnografía del Museo Histórico Nacional se originó a partir de dos iniciativas. Primero, con la creación del Museo de Etnología y Antropología (1911) y su fusión con el Museo Histórico Nacional en 1929. Y, en segundo lugar, a partir de la labor emprendida por Enrique Matta Vial y Aureliano Oyarzún, integrantes del directorio de ambos museos, quienes crearon la Sección de Prehistoria. Trabajaron en el acopio e investigación de dichas colecciones el americanista Max Uhle, el sacerdote Martín Gusinde y el doctor Aureliano Oyarzún, pioneros de la arqueología chilena. En la década de 1960, la colección fue trasladada casi en su totalidad al Museo Nacional de Historia Natural. Sólo algunas piezas permanecieron en el Museo Histórico Nacional y en 2005 se agruparon en la Colección de Arqueología y Etnografía. Durante los últimos años, se han adquirido objetos arqueológicos y etnográficos, tales como conjuntos de

platería mapuche y piezas provenientes de la costa norte del país. Igualmente, se han recibido donaciones de piezas precolombinas, como la de Mónica Tausch el 2001, que se incorporó a la colección instrumental de pesca de los Changos, de la zona de Taltal. Actualmente, la Colección comprende cerca de mil trescientos cincuenta objetos (Garrido, s.f).

En definitiva, podemos darnos cuenta que el esfuerzo desarrollado por el conocimiento del mapuche prehistórico se inscribe en un contexto en donde lo pasado y presente se tensiona de forma contante. La idea sobre lo mapuche aun está en ciernes pues el espíritu acumulativo abre los brazos a cualquier tipo de artefacto que va más allá de un determinado pueblo. Sin embargo, pudimos ver cómo se da un esfuerzo de pasar de la acumulación por la catalogación selectiva una forma de lenguaje y práctica disciplinar que tendrá a la Arqueología y Antropología como la base de su desarrollo futuro.

Referencias

- Alegria, L., Rueda, H. y Delgado, F. (2022). *Arqueología de una exhibición. La Exposición del Coloniaje , 1873*. Museo Histórico Nacional.
- Barros Arana, D. (1875). Jeografía Etnográfica. Apuntes sobre la etnografía de Chile. *Anales de la Universidad de Chile*, 47 (ene-dic, serie 1), 5-12. <https://revistas.uchile.cl/index.php/ANUC/article/view/19345>.
- Barros Arana, D. (1884). *Historia Jeneral de Chile*. Rafael Jover. <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-92251.html>.
- Bengoa, J. (2003). *Historia de los Antiguos Mapuches del Sur. Desde antes de la Llegada de los Españoles hasta las Paces de Quilín*. Editorial Catalonia.
- Cortés, M. E. (2024). On the Article: “History of Anatomy in Chile. The Beginnings”. Some Quechua Anatomical Terms Used in Chile. *International Journal of Morphology*, 42(2), 225-226. <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-95022024000200225>.
- de Ercilla, A. (2017). *La Araucana*. Ediciones Cátedra.
- Durán, T., & Ramos, N. (1988). Castellанизación formal en la Araucanía a través de la escuela. *Lenguas Modernas*, (15), 131–153. <https://lenguasmodernas.uchile.cl/index.php/LM/article/view/45845>.
- Förster, R. (1991). Guerra y aculturación en la Araucanía. En J. Pinto, M. Salinas y R. Förster, (Eds.). *Misticismo y Violencia en la Temprana Evangelización de Chile* (pp. 169-212). Departamento de Humanidades, Facultad de Educación y Humanidades, Universidad de Frontera. <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/122431>.

- Gänger, S. (2011). Colecciones y estudios de historia natural en las colonias alemanas de Llanquihue y Valdivia, c. 1853–1910. *Historia*, 396, 1(1), 77-102. <https://historia396.cl/index.php/historia396/article/view/1>.
- Gänger, S. (2009). Conquering the Past: Post-War Archaeology and Nationalism in the Borderlands of Chile and Peru, c. 1880-1920. *Comparative Studies in Society and History*, 51(4), 691-714. <http://dx.doi.org/10.1017/s0010417509990107>.
- Garrido, F. (s.f). “Las primeras “antigüedades chilenas” de nuestro museo en 3D”. <https://www.mnhn.gob.cl/sitio/Contenido/Noticias/87902:Las-primeras-Antigüedades-chilenas-de-nuestro-museo-en-3D>.
- Gay, C. (1844). *Historia Física y Política de Chile*. Museo de Historia Natural de Chile. <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-8982.html>.
- Gay, C. (1854). *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*. Imprenta de E. Thunot. <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-8000.html>.
- Gay, C. (2018). *Usos y Costumbres de los Araucanos*. Editorial Taurus.
- Hall, S. (2017). *The Fateful Triangle: Race, Ethnicity, Nation*. Harvard University Press.
- Inostroza, G. (2018). Museo de Historia Natural de Concepción: Entre la Ciencia y la Educación (1902-1925). (Presentación), *Actas de XIX Jornadas de Historia Regional*, 13-16 de noviembre.
- Lastarria, J. V. (1843). *Influencia Social de la Conquista i el Sistema de los Españoles en Chile*. Imprenta Del Siglo. <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-94978.html>.
- Latcham, R.E. (1936). *Prehistoria Chilena*. Oficina del Libro. <https://libros.uchile.cl/214>.
- Martínez, P. (2022). Viajeros, exploración y turistificación del territorio de La Araucanía durante el siglo XIX. *Revista de geografía Norte Grande*, 82, 231-248.
- Medina, J.T. (1882). *Los Aboríjenes de Chile*. Imprenta Gutenberg. <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-8185.html>.
- Menghin, O. (1962). *Estudios de Prehistoria Araucana*. Studia Praehistorica 2. Centro Argentino de Estudios Prehistóricos.
- Oyarzún, A. (1910). Contribución al estudio de la influencia de la civilización peruana sobre los aboríjenes de Chile. *Boletín del Museo Nacional de Chile*, II(1), 3-37. <https://publicaciones.mnhn.gob.cl/668/w3-article-63590.html>.
- Ramos Pizarro, N. (1991). Bilingüismo Castellano-Mapudungún en población escolar media de la IX Región. *CUHSO*, 1 (agosto), 87–102. <https://portalrevistas.uct.cl/index.php/cuhso/article/view/391>.
- Sagredo, R. (2010). *Ciencia-Mundo. Orden Republicano, Arte y Nación en América*. Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (DIBAM).

- Sanhueza, C. (2018). *La Movilidad del Conocimiento en América Latina. Objetos, Prácticas e Instituciones (Siglos XVII al XIX)*. Editorial Universitaria.
- Sanz, E. (2018). Museo Nacional de Antropología y Museo Nacional de Historia un estudio sobre alteridad y nación en los museos mexicanos. *A Contracorriente*, 15(2), 117-148. <https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/1746>.
- Vicuña Mackenna, B. (1868). *La Guerra a Muerte*. Imprenta Nacional. <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-92473.html>.
- Vicuña Mackenna, B. (1875). Una visita al Museo histórico-indijena del Santa Lucía. *Revista Chilena*, I, 272-276.
- Wilson, R. (2018). *Natural History: Heritage, Place and Politics*. Routledge.

Sobre los autores

MARTÍN LARA ORTEGA es Profesor de Educación Media en Historia, Licenciado en Historia, Licenciado en Educación y Magíster en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Doctor en Historia por la Universidad Autónoma de Chile. Actualmente es Director de la Escuela de Historia y Geografía de la Universidad Bernardo O'Higgins, Chile. Correo Electrónico: martin.lara@ubo.cl.  <https://orcid.org/0000-0001-9070-827X>

JAIME A. ZAÑARTU REYES es Licenciado en Educación y Profesor de Historia y Geografía en Enseñanza Media por la Universidad Bernardo O'Higgins. Magíster en Sociología por la Universidad Alberto Hurtado. Candidato a Doctor en Innovación en Ciencias Sociales por la Universidad Pontificia de Salamanca. Actualmente es Secretario Académico de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Bernardo O'Higgins, Chile. Correo Electrónico: jaime.zanartu@ubo.cl.  <https://orcid.org/0000-0002-6333-9402>

MANUEL E. CORTÉS es Licenciado en Educación y Profesor de Estado en Química y Biología por la Universidad de Santiago de Chile. Licenciado en Ciencias Biológicas y Doctor en Ciencias de la Agricultura por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Magíster en Educación mención Gestión de Calidad por la Universidad Miguel de Cervantes. Actualmente es Director de Investigación de la Universidad Bernardo O'Higgins. Correo Electrónico: manuel.cortes@ubo.cl.  <https://orcid.org/0000-0003-0845-7147>

CUHSO

Fundada en 1984, la revista CUHSO es una de las publicaciones periódicas más antiguas en ciencias sociales y humanidades del sur de Chile. Con una periodicidad semestral, recibe todo el año trabajos inéditos de las distintas disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades especializadas en el estudio y comprensión de la diversidad sociocultural, especialmente de las sociedades latinoamericanas y sus tensiones producto de la herencia colonial, la modernidad y la globalización. En este sentido, la revista valora tanto el rigor como la pluralidad teórica, epistemológica y metodológica de los trabajos.

EDITOR

Matthias Gloël

COORDINADOR EDITORIAL

Víctor Navarrete Acuña

CORRECTOR DE ESTILO Y DISEÑADOR

Ediciones Silsag

TRADUCTOR, CORRECTOR LENGUA INGLESA

Mabel Zapata

SITIO WEB

cuhso.uct.cl

E-MAIL

cuhso@uct.cl

LICENCIA DE ESTE ARTÍCULO

Trabajo sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional Creative Commons (CC BY 4.0)